

LAS VIRTUDES HUMANAS Y LA FAMILIA

DAVID ISAACS

En la Declaración "Gravissimum Educationis momentum" se encuentran las siguientes palabras: "Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos son los primeros y obligados educadores. Este deber de la educación familiar es de tanta transcendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, obligación de los padres formar un ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan"¹.

Se puede entender la madurez humana a nivel natural como consecuencia del desarrollo armónico de las virtudes humanas: la madurez humana "se manifiesta, sobre todo, en cierta estabilidad de ánimo, en la capacidad de tomar decisiones ponderadas y en el modo recto de juzgar los acontecimientos y los hombres"². Ahora bien, el hombre está hecho para conseguir la verdadera felicidad con la persecución del bien moral. Como la inteligencia y la voluntad, las facultades humanas de que el hombre dispone para este fin, son tendencias a la verdad, al bien universal, han de ser determinados a particulares actos de bondad por medio de los hábitos. Las virtudes son hábitos buenos que perfeccionan las facultades del hombre para conseguir la verdad y la bondad³.

1. CONCILIO VATICANO II, Decl. *Gravissimum educationis monumentum*, n. 3.

2. CONCILIO VATICANO II, Decl. *Optatam totius*, n. 11.

3. Cfr. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Teológica*, I-II, 9-55.

El desarrollo de estas virtudes supone una actuación intencionada por parte de los educadores y por el propio interesado. Un hábito es resultado de la repetición de un mismo acto, y para que tenga sentido debe ser consecuencia de haber reconocido la finalidad del esfuerzo que supone la repetición del acto.

La actuación de los padres

Hemos dicho que el desarrollo de un hábito requiere esfuerzo que, a su vez, es consecuencia de una exigencia externa o de una autoexigencia. En la actuación de los padres se pueden distinguir dos tipos de exigencia. Pueden exigir un esfuerzo en sus hijos relacionado más con la acción o más con el pensamiento. En ambos casos, la exigencia debe ser apoyada con el afecto manifiesto que caracteriza la autoridad de los padres.

Los niños pequeños aprenderán a cumplir con una serie de actos por la exigencia de sus padres. Y esta exigencia en el hacer tendrá que traducirse paulatinamente en una exigencia en el pensar, para que el adolescente sea capaz de decidir respecto a su propia vida personal. Saber distinguir el momento oportuno para aportar una información, orientar y dejar decidir es uno de los problemas más difíciles para los padres. La virtud de la prudencia es la que facilita una reflexión adecuada antes de enjuiciar cada situación, y en consecuencia tomar una decisión acertada de acuerdo con criterios rectos y verdaderos. Los padres necesitan la virtud de la prudencia “para ser justos, para vivir la caridad, para servir eficazmente a Dios y a todas las almas. Con gran razón a la prudencia se le ha llamado *genitrix virtutum*⁴, madre de las virtudes, y también *auriga virtutum*⁵ conductora de todos los hábitos buenos”⁶.

Al considerar este tema no debemos olvidarnos de la situación real de los padres de familia. La vida familiar requiere una actividad continuada que puede dificultar el proceso de reflexión. En consecuencia, puede haber una tendencia a reaccionar frente a las situaciones nuevas que van surgiendo, más que a afrontarlas con serenidad para tomar decisiones acertadas. La virtud de la prudencia “es cognoscitiva e imperativa. Aprended la realidad para

4. STO. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, dist 33, q. 2, a. 5.

5. S. BERNARDO, *Sermones in Cantica Canticorum*, 49, 5, PL, 183, 1018.

6. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 164.

luego, a su vez, "ordenar" el querer y el obrar"⁷. Por tanto los padres que desarrollan esta virtud, estarán en mejores condiciones de ver con claridad lo que buscan y luego encontrar los medios adecuados a estos fines, y determinar así la actuación conforme.

Los padres, para actuar responsablemente, deben reflexionar profundamente sobre los valores que consideren importantes para su familia, de tal forma que pueda haber una actuación educativa congruente. El educador puede ayudar al educando a asimilar una serie de valores libremente, de tal forma que lleguen a tener un sentido específico para él. Si no se tiene claro cuáles son estos valores, la prudencia, entendida como virtud, pierde su sentido.

Por otra parte, el padre de familia se encuentra con las dificultades relacionadas con la capacidad de recoger una información adecuada sobre la situación en que hay que actuar, de ver objetivamente el interés de cada elemento de esta información, de distinguir entre la fiabilidad de las distintas fuentes de información, etc. Y, luego, habiendo establecido los criterios adecuados para enjuiciar, apreciar la situación correctamente.

Entre los vicios que se oponen a esta virtud, el más evidente es la imprudencia —que incluye la precipitación, la inconsideración y la inconstancia—; pero otro vicio, especialmente importante en el ambiente permisivo que se respira en la sociedad, es la negligencia. El padre cristiano tiene que actuar, utilizando su autoridad al servicio de sus hijos, sabiendo que se puede enfocar la virtud hacia el logro de la concordia social o hacia la eficacia en el trabajo, pero el motivo fundamental para el cristiano será el cumplimiento de la Voluntad de Dios.

Claridad en los conceptos

Hemos destacado la misión imprescindible de los padres en relación con la transmisión de valores. Sin embargo la realidad muestra que, aunque existen muchos padres preocupados por la educación de sus hijos en las virtudes humanas, su actuación solamente es eficaz en parte, porque no existe una claridad conceptual en torno a estos mismos aspectos de la educación. No basta querer que los hijos sean sinceros, justos, generosos, obedientes, responsables, etc. Hace falta saber lo que significa cada concepto en las relaciones de todos los días. A modo de ejemplo se podrían mencionar algunas confusiones en este sentido:

7. J. PIEFER, *Las Virtudes Fundamentales*, Ed. Rialp, Madrid 1976, p. 44.

- Ser responsable no sólo supone responder por lo que uno ha hecho, sino también prever las consecuencias de los propios actos.
- Ser generoso no significa entregar lo que uno posee a cualquier persona en cualquier momento, sino tener en cuenta una jerarquía de valores y pensar en la utilidad y la necesidad de la entrega para la otra persona.
- Ser obediente supone reconocer los bienes que está protegiendo la persona que ostenta la autoridad, y, por tanto, admitir estos bienes personalmente. No supone, en cambio, doblegarse frente a un tirano.
- Los problemas relacionados con la sinceridad no están únicamente en la manifestación de la realidad —la mentira, la calumnia, etc.— sino también en la capacidad de captar la propia realidad para luego poder manifestarla.

Si la familia va a ser la sede principal del desarrollo de las virtudes humanas, los padres necesitan claridad de visión.

En esta ocasión no pretendo entrar en el tema de la educación de las virtudes humanas. Solamente quisiera proponer un marco razonable para el desarrollo de estas virtudes.

Las virtudes y las edades

Una decisión prudente respecto a las virtudes que deberían considerarse prioritarias en cada momento, requiere tener en cuenta distintos factores. Concretamente:

- 1) los rasgos estructurales de cada edad,
- 2) la naturaleza de cada virtud,
- 3) las características y posibilidades reales de los jóvenes,
- 4) las características y necesidades de la familia y de la sociedad en que vive el joven,
- 5) las preferencias y capacidades personales de los padres.

Es evidente que cada padre tendrá que tener en cuenta los últimos tres factores de acuerdo con su propia realidad. En cambio, los dos primeros factores pueden considerarse de interés general para la familia, ya que se trata de una estructura básica como punto de referencia.

El niño pequeño, quizá hasta los siete años, necesita desarrollar una serie de virtudes que le ayuden a convivir con los demás miembros de la familia, y que favorecen el reconocimiento de la autoridad preferente que tienen sus padres sobre ellos. En esta relación las cualidades personales de los padres "sólo poseen un valor secundario en la motivación del respeto que se les debe". Principalmente, los padres merecen el respeto de sus hijos como "autores de la vida y educadores y superiores por voluntad de Dios"⁸.

El niño pequeño no tiene mucho uso de razón, y aprenderá a cumplir bien en casi todos los aspectos de su vida por cumplir con las órdenes de sus padres. Precisamente por esto la virtud de la obediencia es tan importante. Con el paso de los años los hijos tendrán que discernir entre distintas autoridades, reconociendo los valores que cada una está protegiendo o defendiendo. En cuanto llega a poseer una competencia real en relación con algún tema, estarán en condiciones de aceptar con mayor comprensión el mandato de alguna autoridad. Por eso es tan conveniente enseñar al hijo desde pequeño el respeto que debe prestar siempre a la autoridad de la Iglesia. Es evidente que se trata de acostumbrar a los hijos a un tipo de acto —en este caso el obedecer— para luego, de acuerdo con la capacidad de razonamiento que tenga cada uno explicarle los motivos que justifiquen la aceptación de la autoridad ajena.

En el niño pequeño, la virtud de la sinceridad es también primordial ya que el ambiente de aceptación incondicional y de ayuda mutua en la familia, depende de que cada miembro haya aprendido a reconocer su propia realidad y luego manifestarla para que los demás le puedan ayudar a mejorar. Si no existe sinceridad en la familia, no existe la posibilidad por parte de los padres de orientar adecuadamente a sus hijos, ni tampoco se le facilitará al hijo la base oportuna para acudir adecuadamente al sacramento de la Penitencia y aprovechar al máximo la gracia que otorga.

Por otra parte, la misma convivencia familiar necesita de la virtud del orden en la colocación de las cosas, en su utilización y en el buen uso del tiempo. El orden en los detalles de cada día pone las bases para el buen trato de todo lo que es de Dios y,

8. J. MAUSBACH y G. ERMECKE, *Teología Moral Católica*, tomo III, Eunsä, Pamplona 1974, pp. 74-75.

además, creará un hábito que luego se usará en el desarrollo de la virtud de la religión, en la que la persona da culto a Dios del modo más digno posible.

Esta insistencia en la obediencia, sinceridad y orden coincidirá con la preparación de la primera confesión y con la primera comunión.

De ocho a doce años aproximadamente, parece conveniente centrar la atención en una serie de virtudes que exigen el uso creciente de la voluntad. Los niños sufren unos cambios biológicos que requieren un desarrollo de la fortaleza en sus distintos aspectos. Concretamente la perseverancia, la laboriosidad y la paciencia son virtudes de mucho interés. Pero adquirir estas virtudes supone esfuerzo y también motivos elevados. Es posible, que, en estas edades, se intente lograr que los hijos cumplan con su deber por cualquier razón, sin darse cuenta de que si no han interiorizado unos valores importantes, antes de la adolescencia, será más difícil lograrlo después.

La fortaleza supone aprender a aguantar molestias, a soportar el dolor y también a realizar algún propósito con tenacidad. La vida cristiana necesita de la fortaleza, de la perseverancia, porque el objetivo no se logra hasta el final, pues dura toda la vida. También existe un sinfín de tentaciones, que objetivamente apartan a los jóvenes del camino previsto. Sin embargo, el fin es enormemente claro —la santificación personal y la santificación de los demás— y contamos con ayudas abundantes. Pero las molestias que encuentra el joven son muchas, y le pueden apartar fácilmente de su propósito. El esfuerzo continuo supone un gran autodomínio, y siempre la persona debe reconocer el valor de aceptar positivamente las propias limitaciones y saber rectificar, volver a comenzar. Los padres pueden enseñar a sus hijos que se trata de abrazar estos obstáculos con generosidad. Así aprenderán a usar los obstáculos como medios para fortalecer su fe.

Esta es la edad en que los padres deben intentar elevar las miras de los hijos para que no tengan una visión mezquina y utilitaria de la vida. Si llegan a esforzarse en bien de los demás mediante la virtud de la generosidad y también de la responsabilidad y de la justicia por amor a Dios, ya cuentan con el motivo más elevado de todos, y se disponen a recibir la gracia de Dios que necesitan para desarrollar —también con eficacia sobrenatural— cualquiera de las virtudes humanas.

Desde los trece hasta los quince años, parece conveniente, de acuerdo con el descubrimiento más claro de la intimidad, insistir

de un modo preferente en unas virtudes relacionadas con al templanza, en primer lugar. Y eso, para no perder de vista el Bien a causa de las pasiones incontroladas. Los padres pueden ver con gran claridad cómo muchas personas que viven en la sociedad actual, dan un ejemplo nefasto a los jóvenes, dejándoles llevar a cualquier extremo en busca de un placer superficial.

Si, anteriormente, hemos insistido en la fortaleza, ahora se trata de utilizar esa fuerza para proteger lo más precioso de cada ser —su intimidad—. Y con la intimidad me refiero al alma, a los sentimientos, a los pensamientos, y no sólo a aspectos del cuerpo. Las virtudes del pudor y de la sobriedad podrían resumirse en llegar a reconocer el valor de lo que uno posee para luego utilizarlo bien —de acuerdo con criterios rectos y verdaderos—. Y el hombre que desarrolla las virtudes relacionadas con la templanza “sabe prescindir de lo que produce daño a su alma, y se da cuenta de que el sacrificio es sólo aparente: porque al vivir así —con sacrificio— se libra de muchas esclavitudes y logra, en lo íntimo de su corazón, saborear todo el amor de Dios”⁹.

Aparte de estas virtudes, conviene insistir en otras que tienen que ver con la intimidad de la persona y en sus relaciones con los demás. Por este motivo, se puede insistir en la sociabilidad, la amistad y en el respeto. Las tres virtudes suponen interesarse por la propia intimidad y por el bien de los demás de un modo muy concreto. Seguramente aquí encontraremos la ayuda principal que pueden prestar los padres a sus hijos. Me refiero a la orientación a los jóvenes para que lleguen a concretar sus inquietudes hacia los demás en actos concretos de servicio. Debemos tener en cuenta, que el adolescente por su misma naturaleza es idealista y a la vez necesita vivir nuevas experiencias. Si los padres no ayudan a sus hijos a encontrar vías positivas de actuación, es probable que las influencias externas intencionadas y perjudiciales les afecten más.

También para estas edades incluimos la virtud de la sencillez, porque el adolescente necesita de esta virtud para comportarse congruentemente con sus ideales y para llegar a aceptarse tal como es. Y por último, destacamos la confianza porque es la base humana del optimismo y de la esperanza. Se trata de aprender a confiar razonablemente en las propias posibilidades, en los padres y, desde luego, en Dios.

9. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, o. c., n. 84.

A partir de los quince años ,es razonable centrar la atención en las virtudes que necesitan una capacidad de razonamiento más desarrollada. Los jóvenes ya están tomando más decisiones personales, y tiene diversos contactos con distintos tipos de personas. Por eso parece conveniente atender, de un modo especial, las virtudes de la prudencia, la flexibilidad y la comprensión.

El gran peligro de los padres en estas edades es seguir exigiendo a sus hijos un comportamiento predeterminado. Los hijos no suelen estar dispuestos a seguir obedeciendo a sus padres, en este sentido, especialmente cuando no se trata de la verdad, sino de los gustos de cada uno, como podría ser el modo de vestirse. Ahora los padres deben ayudar a sus hijos a razonar, a buscar la información adecuada antes de decidir, a relacionar sus actos con el fin de su propia vida. La flexibilidad permitirá al joven aprovechar la diversidad de influencias, sabiendo adaptar su comportamiento con agilidad a las circunstancias de cada persona o situación, sin abandonar por ello los criterios de actuación personal.

Es el momento en que la lealtad empieza a recobrar un sentido muy especial, porque el joven que puede reconocer ya los bienes que considera importantes en su vida, debe aceptar las vínculos implícitos en su adhesión a otros, de tal modo que refuerza y protege a lo largo del tiempo el conjunto de valores que representan.

En estas edades se trata de buscar una armonía entre un sólido apoyo en lo permanente, un reconocimiento realista de las posibilidades propias como persona, y una actuación audaz para conseguir un auténtico bien. Es decir, la lealtad, la humildad y la audacia.

La unidad de la familia

Con este planteamiento estructural del desarrollo de las virtudes humanas no pretendo insinuar que los padres deban planificar la vida familiar que depende, por su misma naturaleza, del ambiente de cariño espontáneo entre sus miembros. Más bien pretendo mostrar el interés que tiene ayudar a todos los miembros de la familia a buscar una mayor plenitud, natural y sobrenatural, mediante el esfuerzo en el desarrollo de una serie de virtudes. No debe entenderse la familia como una fábrica de comportamientos. Los comportamientos deben ser consecuencia de

convicciones profundas. La unidad de la familia está en que todos los miembros compartan y respeten una serie de valores. Estos valores se traducen en criterios de actuación personal, y si los miembros de la familia los comprenden bien, cada uno puede comportarse a continuación con estilo personal.

Por último, me gustaría destacar una virtud más —la alegría— que puede entenderse como una virtud, resultado de estar luchando por superarse en todas las demás. Todas las virtudes son manifestaciones de amor, y en la alegría la persona se encuentra con un hábito que le permite vivir del amor, en el amor, y para el amor.

En la familia, porque existe la posibilidad de encontrar una aceptación incondicional de todos sus miembros, porque se puede vivir con la seguridad del que se sabe hijo de Dios, cada persona llega a reconocer que, aunque se siente pequeño en la inmensidad de la Creación, tiene la misión intransferible de glorificar y de servir a Dios.